



“Islamic Mirror” de Anish Kapoor (o El Espejo de los Espejismos)

No soy precisamente un entusiasta del arte de vanguardia, algunas de cuyas manifestaciones me parecen una grandiosa tomadura de pelo, sin embargo he de confesar que me ha gustado, y mucho, la obra del artista indio Anish Kapoor, que con el nombre de “Islamic Mirror” (Espejo Islámico) se ha exhibido en el murciano museo de Santa Clara (sala Sharq-al-Ándalus), desde el 25 de noviembre de 2008 hasta el 10 de febrero de 2009. El Espejo de Kapoor, en cuestión es una pieza cóncava de 2'40 metros de diámetro y 80 kilos de peso, compuesta de muchos pequeños espejos hexagonales, como una insólita colmena de reflejos. Este “Islamic Mirror” recoge la imagen de quien lo contempla, a la vez descomponiéndola e integrándola en la sala del viejo palacio árabe y el vecino patio de la alberca, hacia el que está orientado y de donde procede la luz. Este Espejo de espejos “desrealiza” al espectador, convertido en una parte más del monumento mismo. La luz cambiante del día hace que la perspectiva vaya cambiando cada hora, cada momento, en un juego de lo efímero.

En realidad todas las artes tienen algo o mucho de efímeras; piénsese, por ejemplo, en la danza: los mismos bailarines no podrían repetir dos veces exactamente igual sus movimientos; incluso la percepción de la arquitectura, la más permanente de todas las Bellas Artes, dependerá de muchos factores, como el estado de ánimo de quien contempla el edificio, la intensidad de la luz, la posición del sol, la estación del año, etc... La ciudad de París no es igual bajo la luz de un día soleado de verano que vista y “vívida” en un atardecer de otoño, bajo la llovizna, entre la bruma. En el caso que nos ocupa, lo efímero se acentúa y multiplica, dotando al experimento visual de elementos mágicos e incluso espirituales.

Más que una obra de arte propiamente dicha, el Espejo de Anish Kapoor vendría a ser un “potenciador de sensaciones”. Quizás el ejemplo que les ofrezco a continuación no sea el mejor, pero... ¡no se me ocurre otro! La especie que añadimos a un alimento para sazonarlo no es el alimento mismo, pero contribuye a potenciar su sabor, lo refuerza y a veces hasta lo modifica. Esta es la función que cumple el “Islamic Mirror”. Y quizás en ningún lugar mejor lo realiza que en el interior de un edificio perteneciente a la arquitectura árabe-islámica, en este caso la de los restos de unos palacios murcianos de los siglos XII y XIII. Al detenerme ante la obra de Kapoor, al “entrar” en la imagen de su colmena de reflejos, recordé ese precedente que pudo ser la alberca de mercurio que, según los cronistas, existió en un salón de Medina Azahara, la ciudad palaciega mandada construir por el califa cordobés Abderramán III. Según la casi fantástica descripción que de su salón regio hace Al-Maqqarí, además de una enorme perla colgada del techo (un techo recamado

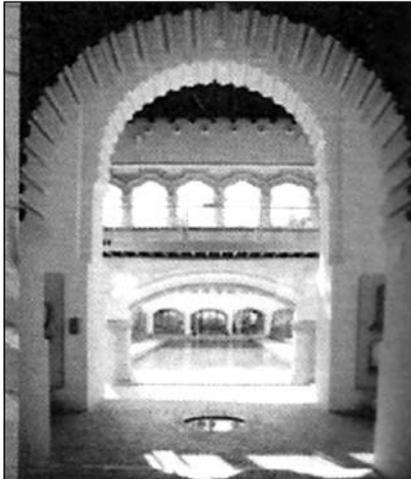
de oro, por cierto), y de puertas labradas en marfil y ébano, en el centro de la estancia había una alberquilla llena de azogue (mercurio). Cuando el califa quería asombrar a un embajador o visitante ilustre, mandaba a un esclavo agitar el mercurio, y al instante este despedía rayos de luz. Al-Maqqarí recoge la leyenda de que el salón daba vueltas y giraba siguiendo al sol, y explica la existencia de tan insólita alberca (única en el mundo, según él) por la abundancia de azogue en Al-Ándalus. Claro que muchísimo más exagerado que Al-Maqqarí fue Abú-l-Hamid al-Garnatí (esto es, “el Granadino”), según el cual la ciudad palaciega de Medina Azahara contenía *trescientos mil palacios, y en cada uno de ellos había mil columnas de esmeraldas y jacintos, y sobre cada columna se extendieron losas de oro y plata para techar habitaciones de oro...* Sin comentarios.

Pero la alberca de azogue de Medina Azahara tenía rivales que la superaban, pues las leyendas egipcias cuentan que Jumarayh ben Tulún construyó una alberca aún mayor en la ciudad palaciega de Qat'í. *En las noches de luna llena, nos cuenta Maqrizi, se veía un maravilloso espectáculo cuando se armonizaba la luz de la luna con la del azogue.* El rey, que padecía insomnio, mandó que aparejaran un colchón sobre el azogue y así dormía plácidamente (¡¿?!).

Hay precedentes, claro, porque el palacio de Gumdán, en el mítico país de Saba (actual Yemen), poseía habitaciones de alabastro; por las noches se encendían lámparas, y desde el exterior se veían fulgores que parecían relámpagos, hasta el punto que la gente decía haber visto una tormenta dentro del palacio. Gumdán pudo servir de modelo a los increíbles y fabulosos alcázares del libro de “Las mil y una noches”.

Del imaginario árabe brotó la fantasía de que podía existir un edificio tan etéreo como el aire, construido de luz. Es decir... ¡una especie de espejismo arquitectónico! Naturalmente una construcción así sólo podía erigirla Salomón con ayuda de los genios a los que logró dominar. Según el imaginativo Al-Nuwayri, Salomón mandó construir un palacio casi diáfano, con transparentes columnas de cristal de roca, en cuyas paredes y techos había engastados valiosas piedras preciosas. Y se decía que aquel alcázar brillaba de noche como si fuese la luna llena.

Aclaremos que si Salomón es un histórico rey de Israel y un personaje bíblico para judíos y cristianos, célebre por su sabiduría, en el mundo árabe-islámico se convirtió, además, en protagonista de cuentos populares, dado que dominó a todas las razas de “genios”, incluso a los “ifrit”, los más rebeldes y perniciosos, de ahí que a los signos y estrellas que simbolizan al poderoso monarca de Israel se los haya considerado eficaces talismanes contra el mal de ojo y los genios malignos.



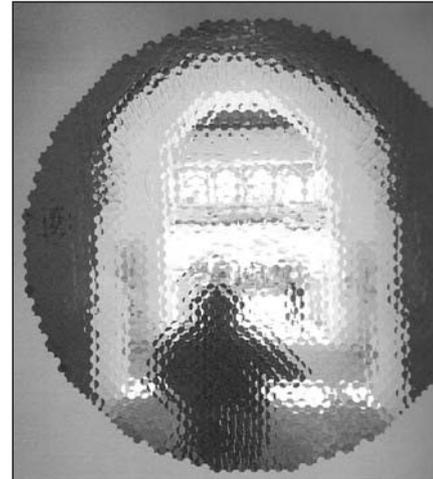
Patio de la Alberca visto desde la sala Sharq-al-Ándalus.

Semejante en fastuosidad a los palacios de Qat'î y Gumdân y al mítico alcázar de Salomón fue el de Jawarnaq; el sultán que mandó levantarlo ordenó a sus sicarios asesinar al pobre arquitecto a fin de que este no volviera a construir un edificio similar, o más hermoso aún, para disfrute de otro monarca. Sin embargo el alarife, sospechando algo, había dispuesto en el interior del alcázar una trampa: si alguien apretaba un ladrillo de uno de los corredores, un poco más saliente que los demás, el edificio se derrumbaría. El arquitecto pensaba mandar aviso al sultán, si este respetaba su vida y le permitía marchar, en cuanto se encontrase a salvo: sin embargo ello no ocurrió. Pasados unos meses, un nieto del sultán que correteaba por el corredor golpeó jugando el ladrillo, y provocó de este modo el hundimiento del palacio con todos sus moradores dentro. Ecos de esta leyenda se encuentran en uno de los cuentos de "Las mil y una noches", concretamente en el del "Libro homicida", que por cierto inspiró a Umberto Eco la trama central de su célebre novela "El nombre de la rosa", pero también en el romance de "Abenámar", que toma su inspiración del mundo andalusí:

– ¿Qué castillos son aquellos,
altos son y relucian?
– El Alhambra era, señor,
y la otra, la Mezquita... (...)
El moro que los labraba
cien doblas ganaba al día,
y el día que nos labra,
otras tantas se perdía.
Desde los hubo labrado,
el rey le quitó la vida
para que no labre otros tales
al rey del Andalucía.

Y también en cierto modo la leyenda llegó a Murcia, referida en este caso a la enorme cadena de piedra que rodea el exterior de la Capilla de los Vélez.

Los viejos alcázares árabes, como vemos, han sido estímulo para la fantasía y manantial casi inagotable de cuentos



Sala Sharq-al-Ándalus y Patio de la Alberca transformados por el Espejo Islámico.

y fabulaciones, pero frente a la arquitectura palaciega, construida para el uso de muy pocos, existió la arquitectura civil, la de casas en donde habitaban el 99% de la población. Y en esto "Siyâsa", nuestra "Siyâsa", tiene mucho que decir.

¿Qué efecto produciría el espejo de Anish Kapoor en la casa 6 del Museo de Siyâsa, convirtiendo el mirador de arcos protonazaríes en un espejismo abierto a la huerta, con la Atalaya al fondo? En la vivienda número 10, ¿nos desvelarían los paños de "sebka" algún secreto hasta ahora desconocido? Quizás las casas de Siyâsa no necesiten el "Islamic Mirror": esas moradas reflejan la realidad de unos habitantes a quienes sentimos cercanos y próximos aunque estén alejados varios siglos de nosotros. Bien mirado, Siyâsa es ya un prodigio en sí misma.

José Emilio Iniesta González

BIBLIOGRAFÍA

- **Al-Garnatí, Abû-l-Hamid:** "Tuhfat-al-alhab (el regalo de los espíritus)". Traducción de Ana Ramos. Madrid, 1991.
- **Al-Maqqarí:** "Nafh at-tîb (el perfume de la belleza)". Edit. Dâr Sâdir. Beirut, 1968.
- **Anónimo:** "Mil y una noches.". Traducida por R. Cansinos. Editorial Aguilar. Madrid, 1969.
- **Chejne, A.:** "Historia de España Musulmana". Cátedra. Madrid, 1986.
- **Dozy, R.:** "Historia de los musulmanes de España". Turner. Madrid, 1984.
- **Muñoz Molina, A.:** "Córdoba de los omeyas". Edit. Planeta. Barcelona, 1991.
- **Rubiera, M^o Jesús:** "La arquitectura en la Literatura árabe (datos para una estética del placer)". Editora nacional. Madrid, 1981.
- **Vernet, Juan:** "Literatura árabe". Barcelona, 1968.
- **Watt, M.:** "Historia de la España islámica". Alianza Editorial. Madrid, 1981.